

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

4º Domingo de Adviento (20 de diciembre de 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Me dispongo

Las ilusiones pueden ponerse en las cosas o en los hombres. La Esperanza ya es otra cosa, y sólo puede ponerse en Dios (Rovirosa, OC, T.V. 459).

El servicio es «en gran parte, cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo». En esta tarea cada uno es capaz de «dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. [...] El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas» (FT 115).

Desde la vida

En la vida hacemos muchos viajes. Unos como turistas por la superficie de la vida, y otros hondamente vitales; de esperanza y solidaridad, que ponen a punto de luz nuestra vida. No es necesario recorrer muchos kilómetros para hacer estos viajes existenciales que nos llevan al encuentro vivido con quienes nos necesitan. A veces basta levantar los ojos del ordenador, asomarte a la ventana, salir al rellano de la escalera, cruzar la calle, darte una vuelta por el barrio, coger el autobús, llegarte a la parroquia o la asociación, ir al sindicato, acudir a la manifestación, o mirar a tus compañeras de trabajo... aunque últimamente hayamos de hacerlo enmascarados.

Recuerda tus últimos viajes vitales, tus encuentros (vuelve a pasarlos por el corazón) ¿a quién te llevaron a servir?



Encuentros

*Ser uno mismo
 y estar en los otros.
 Vivir en una soledad
 poblada.
 Forjar vínculos
 indestructibles.
 Abrazar sin invadir.
 Amar sin anular.
 Comunicar sin agotar.
 Ser uno mismo
 Ser nosotros.
 Crear mundos,
 inspirar sueños,
 restañar heridas.
 Desplegar la vida
 en el tiempo.
 Hablar en el trueno
 y el susurro,
 ser batalla sin muertos.
 Somos imagen
 del Dios de los encuentros.*



(José María R. Olaizola, SJ)

La Palabra se pronuncia en mi vida

Lc 1, 26-38: Hágase en mí según tu palabra

En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Palabra del Señor

Palabra que da luz a mi historia

Por segunda vez en este Adviento resuena este evangelio. De nuevo ante nosotros la llamada de Dios, la turbación de María, la invitación a fiarse de Dios, y la decisión confiada de hacerlo así, pese a no tener todas las respuestas.

Somos demasiado racionales en nuestra vida. Pretendemos ajustar todos los términos del contrato que queremos sellar con Dios para salvaguardarnos las espaldas y poder pedirle cuentas. Queremos tener todo bien atado. Querríamos que Dios nos diera garantías de que dejarlo todo por él, efectivamente nos reportará el ciento por uno, ya en esta vida. Si hacemos eso es que no nos hemos dejado aún amar por Dios.

Si hacemos eso, es que aún no hemos comprendido la única manera posible de relacionarnos con Dios, de seguir a Jesús, de estar en su Iglesia. Volvamos a fijarnos en María, o en Ana, en Isabel, en Simeón o Zacarías, en Rut, en David, en José... en los apóstoles, en Pablo... en lo débil del mundo que ha escogido Dios. Fijémonos en nuestra propia debilidad, en la vulnerabilidad que la situación que vivimos ha puesto más intensamente de manifiesto. Y volvamos a sentir que, en esa debilidad humana, Dios se hace fuerte.

Una fuerza que nos empuja, hacia fuera, hacia el hermano o la hermana necesitados. Una fuerza del Espíritu que nos hace capaces de descubrir los signos de la presencia de Dios en los gestos sencillos y cotidianos que dan sabor a la vida. En las pequeñas esperanzas que nos invitan a descubrir la fuerza transformadora del amor de Dios en la Historia, para entonar, como María, nuestro Magnificat.

Pero seamos conscientes de que solo quien ha dicho antes "hágase en mí según tu Palabra" podrá entonar el Magnificat de la predilección de Dios por los pobres, y se hará cauce del amor de Dios para todos.

Consciente de mis vulnerabilidades y debilidades, agradezco que Dios me elija y me ame. ¿Cómo puedo crecer en esa experiencia amorosa? ¿Cómo corresponder desde el amor al amor? Vuelvo la mirada a mi proyecto de vida en oración, y concreto la respuesta en él.

Invoco a Dios Padre Madre

Un Magnificat

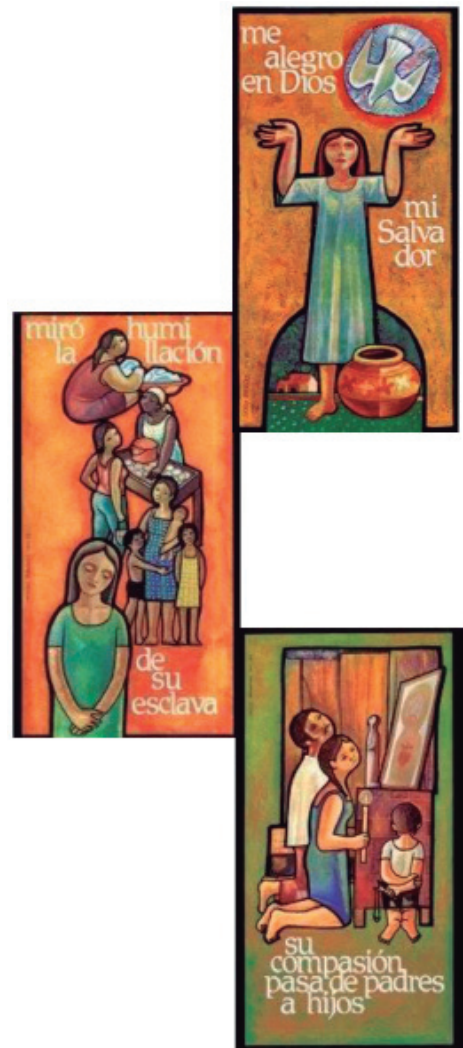
Proclama mi alma tu grandeza, Señor.
 Mi alegría echa raíz en tu vida,
 en tu presencia, en tu promesa.
 Tú miras mi pequeñez,
 y a tus ojos, y en tus manos
 soy la persona más grande del mundo.

Tú traes salvación y prometes amor
 allá donde reina el egoísmo.
 Prometes libertad a quien vive encadenado.
 Ofreces encuentro a los abandonados
 y abundancia a los que nada tienen.

Lo hiciste en otro tiempo
 y lo sigues haciendo en tantos
 que hoy viven y actúan en tu nombre.

Yo quiero actuar en tu nombre,
 hablar con tus palabras,
 abrazar con tu ternura
 como María, como tantos otros,
 ahora y por siempre. Amén.

(José María R. Olaizola, sj)



Y ofrezco mi vida, unida a la de los pobres

Señor, Jesús...

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo,
 Pensar como Tú, trabajar contigo, y vivir en Ti...

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.